

El XIII Festival de Música Chilena

La reedición de los Festivales de Música Chilena, realizada entre el 12 y el 20 de enero recién pasado, cerró un largo compás de espera de veintinueve años en la continuidad de estos eventos, lapso en el que fue cristalizando la imagen de ellos para las nuevas generaciones como hitos lejanos y míticos de una época otra, como memoria y marca indeleble de una vocación cívica de crear comunidad —entre músicos y público— en torno a la música chilena contemporánea (1948-1969).

La resonancia y especial significado que adquirió este sencillo “resucitamiento”, provocó, entre otras cosas, el poner en tensión dos épocas de nuestra historia reciente en el eje de la comunicación de la creación musical culta, aquella con la tinta aún fresca. Con el fin de dar cauce a la reflexión sobre estos tópicos entre los músicos y la comunidad, convocamos a la Tribuna de este número de la revista a un distinguido grupo de músicos que asistieron al Festival a exponer y compartir sus comentarios y apreciaciones; ellos son el compositor, crítico y musicólogo Coriún Aharonián (Montevideo, Uruguay), el compositor y guitarrista Fernando Carrasco, presidente de la Asociación Nacional de Compositores de Chile, el musicólogo Omar Corrado (Santa Fe, Argentina), el compositor Gabriel Matthey, presidente del Consejo Chileno de la Música, y el compositor Aliocha Solovera, miembro del equipo organizador de la versión N° 13 de estos Festivales.

Rodrigo Torres

Al rescate de buenas tradiciones

La interrupción de la leyenda

Aun para un compositor latinoamericano de mi generación, los Festivales de Música Chilena constituían algo legendario. Y algo de lo mucho que se había perdido en los años de la barbarie. Por esa sola razón, la posibilidad de que se volvieran a poner en pie me pareció una magnífica iniciativa, digna de todo apoyo.

Detenidos en pleno período republicano tras el decimoprimer, realizado en 1969, los festivales tuvieron una reaparición fugaz y acotada en 1979, sin per-